

beppe m.roggia sdb

Contemplación y acción en Francisco de Sales: pistas para un camino de formación cristiana y religiosa.

1. Acción y Contemplación: compañeros difíciles

H.U. von Balthasar sostiene que la historia del par de los dos conceptos en cuestión (Acción y Contemplación) es una de las más intrincadas que existen, debido a los diferentes estratos de la tradición filosófica griega y de la tradición bíblica que se cruzan con ella. De hecho, la antinomia en cuestión no está arraigada en los estratos profundos de la reflexión filosófica y teológica, sino en la superficialidad de la vida cotidiana tendida entre la actividad externa y la actitud espiritual que se debe mantener en ella. En la antigüedad, surgió la sobreeminencia de la contemplación sobre la acción, con un énfasis en las actividades mentales sobre las de necesidad vital. En la misma línea ambigua está el finalismo griego de la superioridad de lo íntimo y personal sobre lo externo y social. Esta forma de ver las cosas influyó decisivamente en los Padres y en Santo Tomás, por lo que la fórmula principal sigue siendo que la contemplación está en última instancia por encima de la acción, hasta el punto de identificar la vida activa con la vida secular y la vida contemplativa con la vida religiosa de los consejos. Los mendicantes tratarán de desbancar este modo de pensar común, promoviendo el ideal de acción que emana de la contemplación (contemplata aliis tradere), como realización de la contemplación. El mismo von Balthasar se pregunta de nuevo si hay un más allá de la contemplación y la acción fundidas ambas en una misteriosa unidad y responde afirmativamente si dejamos espacio a la acción de Dios en nosotros. Esta acción de Dios no es otra cosa que su amor eterno. Un amor que, al ser correspondido, nos invita a entregarnos al prójimo. Así en Jesús. Él sólo trabaja lo que ve que el Padre realiza. Lo que hace el Padre, lo hace también el Hijo que contempla la acción del Padre. No son dos actos, sino uno: el Padre actúa en el Hijo y revela su amor a través de la acción. Lo que el Hijo ve es la invitación permanente del Padre a comprometerse con él para la salvación del mundo. Para nosotros, en consecuencia, será la invitación a mirar con fe la obra salvadora de Dios en Cristo y a participar en esa obra encontrando el amor de Dios en su compromiso con el mundo. Esta es la vocación a la contemplación como disponibilidad total a Dios, en la que podemos reconocer el verdadero y propio principio de la fecundidad cristiana, es decir, una ardiente disposición a ser empleada y utilizada para la salvación y redención del mundo, como atestiguan los santos. La vida cristiana es, pues, siempre más allá de los dos momentos que se complementan desde dentro y no hacia fuera. Este es un marco teórico maravilloso, pero ¿es posible aplicarlo en la práctica? ¿Hay alguien que haya triunfado especialmente? Por supuesto. Francisco de Sales es uno de ellos, quizás el mejor.

2. Contemplación y acción en Francisco de Sales

Como todas las épocas de transición, los primeros años del siglo XVII presentan una curiosa mezcla de aspiraciones contradictorias de difícil interpretación. De hecho, se podría llamar al periodo entre los siglos XVI y XVII la época de los corazones rotos, debido a la desorientación causada por las guerras de religión, el desencanto provocado por la relajación y la corrupción en la iglesia a ambos lados de los Alpes, y al mismo tiempo por la presencia de tantas corrientes de misticismo que aparecieron en Europa: la espiritualidad española, italiana, francesa y flamenca. Un tiempo que en el sentir general de la gente se tradujo en una urgente necesidad de armisticio y purificación social, pero sobre todo de equilibrio, paz y armonía en unos corazones demasiado desgarrados en el dinamismo interior de fuerzas opuestas entre el impulso hacia el éxtasis orgulloso y sensual y la atracción de la gracia hacia el éxtasis del espíritu. El drama humano se desarrolla entonces, como siempre, en el dinamismo interior de estas fuerzas opuestas, que luego se irradian en todas las expresiones de la persona, ya sea cuando se reúne en oración o cuando realiza cualquier tipo de actividad. Un tiempo que, por tanto, necesita puntos de imantación para un encuentro, un acuerdo, una síntesis de profunda pacificación. Francisco de Sales es uno de estos poderosos imanes, que vivió los años de la durísima y violenta crisis de la segunda mitad del siglo XVI y los primeros años del siglo XVII, primero alimentando y formando en su propia persona esta gran tensión y deseo de síntesis y luego difundiéndola, como fruto maduro, emanado de su rica personalidad, en el compromiso pastoral de su diócesis; finalmente multiplicándola más allá del espacio y del tiempo, en las cumbres de su reflexión y doctrina. Admiramos la prodigiosa actividad de este obispo a caballo, su vivencia del heroísmo de Cristo por sus hermanos incrédulos o heréticos, sin descuidar el camino de la madurez cristiana hacia la santidad de los que están en el redil del Señor, pero el Santo nos lleva al mismo tiempo a profundizar en la iniciación de la vida interior a través del ejercicio constante y paciente del amor, del culto a la presencia de Dios, de la oración profunda en la acción, porque su principio fundamental es todo por amor y nada por la fuerza.

Porque es el amor el que reúne y une todos los aspectos de la acción en una solución contemplativa. Hay que decir que pocas veces, y no sólo en su tiempo, se ha resuelto correctamente el problema de la acción apostólica y espiritual como hemos visto anteriormente; y la razón es siempre que el amor no mueve suficientemente los espíritus y el corazón. El obispo de Ginebra se convierte en el maestro y fecundo inspirador de esta síntesis de acción y contemplación. ¿Cómo? Según su enseñanza, es necesario partir del realismo de la vida, no de las teorías y supuestos culturales, deudores de las distintas corrientes de pensamiento, y del desmenuzamiento de la experiencia, que conducen mayoritariamente a la absolutización de las partes sobre el todo. Es necesaria la reconstitución armónica de la propia unidad porque detrás de todo ello no hay un caos sino un proyecto. Es la realidad vital que mantiene las partes unidas en el todo. Es la existencia de cada persona en su contexto concreto la que constituye el telón de fondo y la base sobre

la que se asienta la reflexión y el trabajo de síntesis con la realidad de la vida que mantiene unidas las partes en el todo. Partir, pues, de la realidad vital de la existencia concreta y, en consecuencia, constatar, a través de la experiencia, que todo el vivir humano se estructura como un vasto campo de polaridades mayoritariamente opuestas; de un polo a otro la vida transita con una continua oscilación entre muchas posibilidades bivalentes, evolutivas, involutivas. Por eso necesitamos un centro impulsor, que sea un centro resolutivo diferente y que permita la armonía y el equilibrio de los opuestos. Y, en efecto, tenemos un punto, un centro vital, como el corazón de la vida, que está destinado a traer el orden y la armonía como un centro de gravedad de equilibrio interior. Este centro vital está atravesado por el camino del amor que puede ser abordado y encontrado a través de la mediación y la aportación de la belleza, como formación de los sentidos, tanto naturales como espirituales. Todo este proceso es posible porque está garantizado, atraído y absorbido en Cristo; en Él tenemos la superación de todas las polaridades como fin y armonía de todo. Este camino, que Francisco contempla en su acompañamiento concreto de las personas, las numerosas Filoteas y Teotimias, se recoge como la maduración de su pensamiento en las tres obras fundamentales: Introducción a la vida devota, Tratados y Tratado sobre el amor de Dios y, desmenuzado en las miles de cartas de dirección espiritual; resumido finalmente en el término *dévotion*, el personaje más misterioso pero también más presente entre los numerosos amigos de Francisco, Filoteas y Théotimus. En el contexto de la devoción moderna, tiene la capacidad de devolver el concepto de devoción a su espíritu original, es decir, al contenedor teológico ofrecido por Santo Tomás pero reinterpretado con la pasión mística de San Bernardo. De ahí que la *dévotion* represente para él ese punto magnético que realiza la armonía entre la acción y la contemplación, es decir, un impulso de caridad, una respuesta del corazón a Dios más allá de las circunstancias polares del presente, más allá y más acá de la acción y la contemplación. Un impulso interior bajo la influencia de una atracción permanente de Dios. Es una llamada al perfeccionamiento del amor con la capacidad de absorber los rasgos y el comportamiento de la persona para lanzarla a Dios y a su voluntad; que, como consecuencia, se transforma en un éxtasis de acción y de vida, es decir, en un más de amor, de fe y de esperanza. Éxtasis de acción y de vida en el que todo es atraído y absorbido en Dios y al mismo tiempo todo se da en la cotidianidad concreta de la adhesión a la voluntad de Dios y en la relación de caridad hacia el prójimo.

3. Contemplativo en la acción - activo en la contemplación

La fascinación de la propuesta que Francisco de Sales nos ofrece para vivir la contemplación y la acción se cruza convenientemente con la situación contemporánea en muchos aspectos similares al tiempo del Doctor del Amor. No cabe duda de que existe un reto perenne sobre cómo mantener unidas la acción y la contemplación, especialmente en nuestro tiempo. Hoy en día tenemos muchos mecanismos que contribuyen a hacer esto particularmente difícil, porque hay muchos factores que nos quitan profundidad e interioridad espiritual, y somos y seguimos siendo hijos heridos de esta época. Hoy tenemos

que afrontar mayores retos que en el pasado, y además en una cultura de la desconfianza que provoca una importante división entre lo sagrado y lo profano respecto al hecho religioso. Los potentados económicos y el marketing actuales necesitan individuos individualistas e insatisfechos con una falsa idea de libertad. Por eso es típico de hoy desarrollar un estilo narcisista, por el que es el individuo el que determina lo que es bueno y lo que es malo en función del éxito y la satisfacción personal con un inmediatismo cultural que exige resultados rápidos y fáciles en todo. Un individualismo que parece asegurar y potenciar inmediatamente el ser uno mismo como única fuerza, confiado en su mayoría a una serie de algoritmos, pero que en realidad debilita a la persona y la llena de miedos que la aíslan de los demás. En realidad, todavía no está claro quién y qué es el hombre digital. De ahí también el cisma silencioso de tomar de lo que la Iglesia propone y enseña lo que se ajusta a la propia ideología de vida. De ahí la fatiga, el fracaso, la costumbre, el cansancio, la preocupación por la propia intimidad, con una necesidad excesiva de espacio personal y de autonomía personal. Por lo tanto, con agentes de pastoral en todos los estados de vida con un complejo de inferioridad, que lleva a relativizar y ocultar de alguna manera la propia identidad cristiana y vocacional para ser aceptado por la sociedad, y en consecuencia con una notable falta de felicidad por lo que se es y lo que se hace con una verdadera esquizofrenia entre la secularización imperante que ha invadido incluso a la Iglesia y las elevadas exigencias de la vocación y la misión. De ahí el impulso constante de adaptarse a la mentalidad actual, de querer ser como los demás y, en consecuencia, de llegar incluso a ocultar las propias opciones de vida con un vacío considerable respecto a la propia identidad y misión. No hay deseo de compartir la existencia y los proyectos propios con los demás. E incluso el celibato puede experimentarse como aislamiento. Por lo tanto, tenemos la fatiga del compromiso constante. Con el riesgo más que probable de que todo esto prevalezca de hecho sobre los compromisos de vida que a menudo se convierten sólo en un apéndice de la vida profunda: encarnar la espiritualidad en la vida cotidiana, el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora... En definitiva, falta espíritu en las actividades y carne en la espiritualidad. La misión en sí misma ya no consigue marcar plenamente la identidad personal, de modo que uno se siente más valorado en otros ámbitos que los estrictamente vocacionales; con una fe que, de hecho, no lo implica todo, de modo que incluso ante las necesidades pastorales uno está más bien a la defensiva con una especie de rechazo interior a implicarse, salvo cuando surgen las probabilidades de ganancia económica y de prestigio. En muchos casos, tenemos una especie de tránsito entre la hiperactividad y una etapa de desilusión y "fiaca" abúlica, necesitando una gratificación constante con mucha satisfacción personal. Resumiendo, tenemos una gran cantidad de actividades erróneas sin motivaciones válidas y sin una espiritualidad que impregne verdaderamente la acción que resulta en la insatisfacción de la vida. En definitiva, hay que redescubrir el fervor y el coraje apostólico, la familiaridad permanente con Dios y la alegría por la vocación y la misión, la oración en el centro de las ocupaciones para lograr una clara unidad entre la intimidad espiritual personal y la acción,

la misión. Esto es lo que produce una vida con profundo sentido y satisfacción, cuando las dimensiones espiritual y pastoral se compenetran íntimamente, de modo que la alegría de seguir al Señor surge en todo momento, llegando a experimentar el encuentro con Cristo en todo momento (experimentando que Él camina conmigo, respira conmigo, vive conmigo, trabaja conmigo,...). Con la íntima certeza de que el Padre me ama, pase lo que pase, dejándome amar por Él, relativizando todo lo demás. Todo ello debe convertirse en un precioso instrumento de la presencia y los dones de Dios, descubriendo semillas de vida presentes en todas partes. ¿Cómo se puede llevar todo esto a la práctica?

Algunas indicaciones útiles sobre la escuela de Francisco de Sales:

a. Devolver el valor a nuestra dedicación diaria, redescubriendo el sentido y el gusto de nuestro trabajo y actividad. No tenemos que resolver todos los problemas del mundo: es una mentalidad empresarial pero poco evangélica. En cambio, debemos preguntarnos qué parte ocupan los distintos compromisos en nuestro corazón. Por eso es necesario sumergirse en el presente, concentrándose en una cosa a la vez, porque la ansiedad por mil compromisos nos hace superficiales y el encuentro con la gente se vuelve trivial.

b. A través de la oración, desarrollar el sentido del misterio de nuestras acciones. Sólo Dios conoce los efectos de nuestra actividad en el corazón del mundo. Así que ninguna acción realizada para Dios se pierde a pesar de los fracasos y las angustias. Entonces vale la pena sacrificarse, dedicarse con amor incluso en las cosas pequeñas, sabiendo que en cada caso mi acción es un tesoro que afecta a la realidad y da sentido y vida. Así se aprende también a confiar en los demás para que todos asuman sus responsabilidades. Donde no hay competencia, hay inseguridad y ni siquiera podemos mejorar el servicio que prestamos.

c. Saber discernir cuidadosamente las actividades necesarias para no sobrecargarse más de la cuenta, pues de lo contrario resulta difícil abordarlas con intensidad espiritual. Es sólo activismo. Requiere metas y objetivos realistas y bien definidos, basados en los puntos fuertes y las posibilidades. Esto requiere discernir lo que hay que hacer y preparar el trabajo para luego afrontar los distintos compromisos con serenidad, buscando las motivaciones que dan sentido y tienden a un verdadero amor desinteresado a Dios y a los demás, para luego dedicarles el tiempo y la atención necesarios. Para ello, siempre es importante tener en cuenta los posibles bloqueos internos que se producen entre la atracción, el rechazo y la resistencia, tanto en lo que respecta a las distintas actividades como a las relaciones con las personas implicadas.

Todo esto nos lleva a experimentar la acción y la contemplación como la entrada en el descanso de Dios. En Dios crear y descansar contemplando son dos caras de la misma acción. Si no hacemos nada caemos en el sinsentido de la depresión; si sólo trabajamos acabamos en el agotamiento del rendimiento. Sólo cuando nosotros también estemos capacitados para crear/actuar y contemplar/descansar, viviremos en plenitud. Pero crear y descansar está orientado a las relaciones por amor a lo que hacemos y a las personas con

las que y para las que actuamos. Entonces es una energía divina en nosotros que no se disipa sino que se regenera continuamente. Y una vez más es el amor contemplativo y activo el que unifica y da vida. El verdadero éxtasis de la acción y la vida.